

Esta mañana, por vez primera en muchos años, he pasado por delante de la tienda en la calle Seymour. He visto el melancólico letrero del escaparate anunciando que cerraban y, a través del cristal, los soportes donde colgaba la ropa, medio abandonados, como si los vestidos y las chaquetas, las blusas y los suéteres hubieran huido en mitad de la noche, desvaneciéndose calle abajo, agitando las mangas vacías.

Allí estaba Eunice, detrás del mostrador, atusándose el lacado pelo negro azulado con sus uñas plateadas. Qué vieja estaba y qué desamparada parecía, con la barbilla hundida por un momento en el pecho.

Luego la vi volver en sí y darse ánimos, levantándose la barbilla con la mano ahuecada. Musitó un par de palabras para sí: *¡Sé valiente!*

Un impulso me hizo cruzar la puerta, una fuerte punzada de compasión. Entré, y su perfume llenaba la estancia; era la inimitable Eunice: Aquamarine de Revlon, el perfume de Eau-de-Nil y oro.

—¡Tú! —dijo—. Vivien, ¿eres tú realmente, después de tanto tiempo?

—Sí, soy yo.

—Ya me lo parecía. ¿Cómo es que no te había visto hasta ahora?

—Londres es muy grande —dije.

—Una mujer se pierde fácilmente, pero yo no. He estado aquí todo el tiempo. Sabías dónde encontrarme.

—Pero no te buscaba, Eunice. Lo siento.

*¿Nunca fuiste a ver cómo estaba Eunice?* —clamaba la voz de mi tío, dentro de mi cabeza—. *¡Dejaste sola como un perro a mi Eunice! ¿Es que ni siquiera podías dejarte caer por allí para comprarle unos guantes?*

—Bueno —respondió ella—. Tienes razón. Tú y yo no teníamos nada que decirnos —y me lanzó una mirada altanera, levantando la nariz y echando atrás los hombros—. ¿Cómo está tu familia?

Los hombros hincharon su chaqueta; se alisó las tablas de la falda. En la manga de la chaqueta, por encima de una muñeca ligeramente pecosa, centelleaban tres botones dorados, con una flor de lis grabada. Reconocí el reloj de oro. Se lo había dado mi tío. Era un Omega, su marca favorita, que todavía marchaba quedamente, tic, tac.

—Mi padre murió la semana pasada. —Qué extraño era referirse a él en pasado, pensar que nunca volvería a ver a aquel viejo avinagrado. Todo lo que estaba sin resolver entre nosotros seguiría sin resolverse, a menos que nos volviéramos a encontrar en la *yane velt...*, aquella vida, la otra vida.

—Sólo lo vi un par de veces y estarás de acuerdo en que ninguna de las dos fue una ocasión agradable... Tu madre, sin embargo, era muy diferente. ¿Todavía vive?

—No, murió hace dieciséis años.

—Qué lástima. Era toda una señora. Siento que se fuera antes de tiempo. ¿Y qué pasó con aquel chico? No me mires con ese aire inocente, sabes a quién me refiero.

Sí. Lo recuerdo. Una risa súbita, unos dienteillos afilados, una boca lasciva, sus manos liando los cigarrillos, sus botas de lona roja, su pelo oscuro, en cresta. Su camiseta. Su gorra de revisor. Su acuario. Pero, en particular, recuerdo su olor y lo que había en él, y su imagen excitante, perturbadora, me inundó las venas, una oleada roja y ardiente de vergonzoso anhelo erótico.

La marea roja decreció.

—No sé qué ha sido de él, ya debe de tener casi cincuenta años. —Sentí un residuo de tristeza, al imaginar al chico sexy y voluptuoso convertido en un hombre de mediana edad, porque no tenía mayor valor que ser joven, con toda la agitación carnal propia de esa edad.

—Eres una persona descuidada, Vivien. Siempre lo has sido; no has cambiado.

—Oh, Eunice, no sabes nada de mí. Han pasado casi treinta años. Me puedes acusar de lo que quieras, pero descuidada... No, de ninguna manera.

—Vale, vale, lo retiro. Dime, ¿dónde has estado todo este tiempo?

—En el extranjero unos años, pero ahora he vuelto a Londres.

—¿A aquel piso a la vuelta de la esquina?

—No, claro que no. Vivo cerca de Regent's Park.

Me miró de arriba abajo y supe qué pensaba: que no vestía como una mujer de Regent's Park. ¿Dónde estaban los collares de perlas, el bolso de Chanel, los pendientes de diamantes, el abrigo de pieles? Eunice tenía una idea muy precisa de la ropa que los ricos se ponen cuando se levantan cada mañana; leía todas las revistas. Pero yo iba, más o menos, en andrajos. ¡Aquellos tejanos!

Y ella no había pasado la mayor parte de su vida en una tienda para no saber cómo aprovechar una ocasión. Una mujer rica mal vestida necesita una vendedora hábil.

—Bien, bien —dijo—, ¿quieres comprarte un conjunto? Tengo algo que te iría bien. No tenemos mucho en existencias porque vamos a cerrar, pero podría encontrarte una bonita ganga.

Sonreí. Que a *mí*, precisamente a mí, me ofrecieran un vestido. Porque ya no me molestaba en mirar mi reflejo en los escaparates al pasar, y mucho menos en humillarme delante del espejo de cuerpo entero de un probador, con las fuertes luces en lo alto, y si lo hiciera, no reconocería lo que veía. ¿Quién era aquella mujer lamentable que subía las escaleras del metro, con arrugas alrededor de

los ojos, vaqueros, botas, chaqueta de cuero, manos agrietadas y el cuello hecho una ruina? ¿Esa persona de mediana edad que ves, vacilando ante el semáforo, tratando de cruzar en Oxford Circus, con el pelo teñido y las raíces descuidadas?

Desde hacía algún tiempo —varios meses, pero quizás fueran más— me había dejado ir, evitando incluso pensar en qué aspecto tenía; había dejado ir a la persona que, en un tiempo, se miraba al espejo, sosteniendo segura el maquillaje para los ojos, una persona a la que le importaba cómo la veían los demás.

Hay circunstancias atenuantes. Ésta no es mi verdadera personalidad. Hace un año murió mi marido, hace trece meses y medio, para ser precisa, y luego mi padre. Demasiadas muertes se te meten entre el pelo, en las grietas de la nariz, en la ropa; son un sabor metálico al fondo de la boca. Mi padre era muy anciano, un viejo sin dientes, con bata y pantalones manchados; mi marido tenía unos antebrazos musculosos, con vello rubio rojizo, y un cuello grueso para el que le costaba encontrar prendas de vestir cuyos cuellos le fueran bien. Estaba lleno de vida, energía y humor; probaba cosas nuevas tanto si era bueno haciéndolas como si no, y luego hacía chistes sobre sus propios fracasos; sólo Vic podía perderse en un campo de golf.

Esto me ha pasado dos veces. Aquí estaba, en mitad de la vida, igual que al principio. Había reaparecido el mismo horizonte gris perla, sin rasgos distintivos.

Y hoy, precisamente hoy, de camino al piso de mi padre para prepararlo en espera de la gente que iba a vaciarlo, una mujer a la que no había visto desde hacía casi treinta años me estaba mirando de arriba abajo, recordándome como una joven de poco más de veinte años, cuando sí que era descuidada, según la acusación. Y curiosa, llena de anhelos, deseos, pasión, esperanza, indignación, opiniones tajantes, desdén. Totalmente segura, por supuesto, de qué ropa no llevar. Pero ahora, ahí estaba, con un punto de blanco en las raíces del pelo, con vaqueros y tironeando del pañuelo de

seda verde que llevaba alrededor del estropeado cuello, porque ya nadie me miraba como Vic me había mirado. Y pese a mis robustas piernas, al rollo de grasa alrededor de la cintura, me sentía como un fantasma, presente sólo a medias.

Pero Eunice era famosa por querer, siempre, que una mujer sacara el máximo de sí misma, sin importar cuáles fueran sus desventajas ni si se las imponía la naturaleza o se las infligía ella misma.

—No diré que eres la chica flacucha que eras cuando te vi la última vez, has engordado bastante —dijo—, pero mira, esto es para ti. Te puedo hacer un buen precio.

El vestido que me tendía era rojo, del color del vino tinto cuando levantas la botella a la luz. Lo cogí vacilante, frotando la tela entre los dedos y luego sosteniéndolo contra mí. No lo entendía. No veía cómo se suponía que me fuera a sentar bien.

—En la percha parece que no es nada —insistió—, pero pruébatelo y ya verás. Es perfecto para el color de tu tez y tus cabellos oscuros, y cuando lo anudas alrededor de la cintura, empuja los pechos hacia arriba. Es un vestido cruzado. ¿Has visto alguno antes? Son lo último. Y la tela es de punto de seda, es decir que hará maravillas con tu trasero; espera y verás. ¡Pruébatelo!

Por la mañana me visto rápidamente y casi nunca me molesto en maquillarme, aparte de ponerme un bálsamo para los labios para impedir que se me agrieten. Mis hijas me traen cremas cutáneas maravillosas, de las que se enteran por las revistas, y ahorraron para pagarme un fin de semana en un balneario, que aún no me he decidido a reservar. Han resultado ser unas chicas estupendas; más seguras, más francas y cariñosas de lo que yo era a su edad, algo que tienen que agradecerle a su padre, y a ser el producto de un buen matrimonio (aunque no perfecto). Ambas han heredado su pelo rojizo, las mejillas sonrosadas y la sonrisa con hoyuelos.

—¿Vais a cerrar la tienda? —dije, mirando alrededor y tratando de recordar el lugar en su apogeo, cuando vine la última vez, en

la década de 1970, y no me pareció muy diferente. Puede que hubieran cambiado el color de las paredes y la moqueta, pero no nos engañemos, yo había cambiado más que la tienda.

—Sí, después de tantos años. La propietaria, la señora Post, murió y su hija Carolyn se hizo cargo, pero no es buena vendedora, no sabe cómo hacerlo, y además las señoras que solían venir a comprar, mis fieles clientas (la señora Cohen, la señora Frame, lady Parker, con el pecho postizo después de la operación; me acuerdo de todas), ya no vienen, se quedan dentro de sus pisos. No tienen excusa, digo yo. Mírame a mí, tengo su misma edad y sigo en pie. Ve a probarte el vestido, ahora mismo.

—Pero yo no quiero un vestido nuevo; tengo toda la ropa que necesito.

—¡Pero qué tonta eres! —Me miró con sus ojos oscuros, inquisitivos—. ¿Cuántos años tienes? —preguntó. Se lo dije—. No está tan mal. Es una lástima que tengas esa piel que se arruga tan fácilmente, aunque una buena crema podría mejorarla bastante.

—Tú sí que tienes un aspecto maravilloso, Eunice. —Lo dije en deferencia a aquella voluntad de hierro suya: no rendirse nunca ante lo que podía conquistar con su propia voluntad... y sus armas: un lápiz de ojos, un lápiz de labios y un par de medias sin carreras. Pero también es verdad que su hijo era una bala perdida y, a diferencia de mí, ella no tenía nada por lo que vivir, en ese sentido.

—Me esfuerzo por conseguirlo, Vivien —dijo—. Toda mi vida me he asegurado de no salir nunca con una uña rota ni llevar zapatos que necesitaran tapas nuevas. Muchas veces no he cenado al volver a casa por la noche, para poder recoger mi traje chaqueta de la tintorería. ¿Vas a probarte el vestido o no?

—Estoy demasiado gorda. Mírame, estoy tan enorme como una casa. —Era una exageración, había engordado unos doce kilos desde la última vez que ella me vio, pero también es verdad que me maravilla lo delgada que estaba en aquellos tiempos. Puedo ro-

dear con las manos la parte de arriba de los vestidos que llevaba entonces...; no tenía pecho digno de ese nombre. Los hijos te redondean. No es tanto que tenga sobrepeso como que no me he cuidado, porque uno se maltrata y luego se abandona.

—No seas ridícula, una mujer no está nunca demasiado gorda para un vestido bonito. Éste te quitará kilos, ya lo verás.

Y Eunice, esa mujer vieja que se enfrentaba al vacío de su retiro forzoso, siguió allí, con el vestido en las manos. Sostenía el vestido e insistía en que me lo probara; me recordaba lo que una vez comprendía plenamente y que había olvidado: la oleada de entusiasmo, el cosquilleo, el profundo placer... porque un vestido nuevo lo cambia todo.

—Entra allí, pruébatelo. Es un vestido muy bonito.

Sola en el pequeño probador con el taburete tapizado de terciopelo, los colgadores para dejar mi ropa, el espejo favorecedor y las luces colocadas hábilmente, mientras me bajaba la cremallera de los pantalones y me los quitaba dejando al descubierto unas piernas cubiertas de un fino vello oscuro que durante meses había olvidado de afeitarse o depilar, ni siquiera recordaba la última vez que había comprado algo nuevo. Pero sólo mirar el vestido rojo era suficiente para intimidarme. ¿Cómo se suponía que tenía que ponérmelo?

Llamé a Eunice.

—Mira —dijo. Había que insertar los brazos en las mangas y pasar un largo cinturón por una ranura en el costado; con dedos torpes, dar la vuelta a la cintura con la otra parte del cinturón y anudar las dos partes con un lazo. Cuando conseguí completar la difícil maniobra, el vestido adquirió vida propia, se hizo cargo de mi cuerpo y lo volvió a ordenar para que adoptara una forma completamente nueva. Pechos arriba, cintura adentro. Parecía por lo menos cinco kilos más delgada.

El vestido tenía un aspecto peligrosamente sedoso, como si pudiera adherirse a mí para siempre. Y en el espejo había una apari-

ción sorprendente de alguien que apenas reconocía ni recordaba, alguien a quien había abandonado, aquella joven esbelta y excitante, aquella antigua yo, plateada en el espejo, devolviéndole la sonrisa a la mujer de cincuenta y tres años con las raíces del pelo canosas. ¡Vivien Kovaks!

El vestido rojo brillaba como un rubí sobre mi piel. Me puse de puntillas para imitar el efecto de unos tacones altos. Adelanté la pierna derecha y apoyé las manos en el sitio donde creía recordar haber visto mis caderas la última vez. Sin el camuflaje de mis chales de seda, el cuello arrugado quedaba al descubierto, pero la piel del esternón era lisa. Ah, las bromas que te gasta el cuerpo, lo que se divierte contigo, por fuerza tienes que reírte. Bueno, no, en realidad, no.

—¿Qué te parece? —pregunté.

Me miró de arriba abajo, evaluándome con su mirada de vendedora; se acercó rápidamente y arregló el escote con un par de movimientos rápidos de las manos.

—¿Lo ves? Ahora el pecho queda realzado. Por cierto, necesitas un buen sujetador. En Selfridge tienen una buena selección. Y no olvides que te midan antes de comprar nada; el que llevas no corresponde a tu talla.

El vestido se disolvía, se mezclaba con la carne. ¿Quién sabía dónde empezaba la piel y dónde acababa el punto de seda? Me estaba enamorando, absurdamente, de un trozo de tela.

—Me lo quedo.

—Oye, no vayas a comprarlo para hacerme un favor. La señora Post me da una buena pensión. No tengo necesidad de nada.

Observé una mancha beige en el escote. Otra cliente había dejado la huella de su maquillaje y Eunice no la había visto. Desaparecería en la tintorería, pero sentí una punzada de dolor porque, después de toda una vida examinándose atentamente, hubiera perdido su aguda visión. Sus iris tenían una opacidad lechosa. No dije nada sobre la mancha, pero pareció percibir alguna pequeña

insatisfacción en mí, una crítica, quizás hacia ella. La balanza se inclinó de nuevo, y no en mi favor.

—¿Por qué has venido aquí hoy? —preguntó, con el viejo tono afilado que yo recordaba, como si te lanzara alfileres de hielo—. ¿Viste las rebajas por cierre del negocio y pensaste que podías conseguir una ganga una última vez?

—Sólo pasaba por aquí —dije—. Eso es todo. Sólo pasaba.

—¿Nunca habías pasado antes?

—Para ser sincera, Eunice —contesté—, siempre tomaba otra calle o cruzaba al otro lado. No quería verte.

—Ya. Ni siquiera podías mirarme a los ojos.

—Oh, venga. Dime qué hice mal. No...

—¡Tú! Eras una chica antipática y falsa. Le rompiste el corazón al pobre hombre. Después de lo mal que lo pasó.

—Sí, tuvo una vida dura, pero esto no...

—¿No, qué? ¿No le da el derecho a pensar en su bienestar, en proveer para la vejez, que por cierto nunca tuvo debido a tu intromisión?

Dejó el vestido, con rabia, en el mostrador, y lo metió dentro de una bolsa, sin doblar ni envolver en papel de seda.

—Ciento veinte libras. ¿Efectivo o tarjeta?

Saqué mi tarjeta de crédito.

—¡Oh! ¡Platino! Te ha ido bien. El dinero llama al dinero, como siempre digo. Un marido rico, supongo.

Ya estábamos de nuevo, de vuelta donde Eunice y yo habíamos empezado. No habría fianza ni libertad condicional. Yo seguía siendo la sobrina entrometida de su amante atormentado, mi tío..., y por toda la tristeza que sin querer le causé, era la chica a la que culpaba de su muerte prematura. Porque él fue el amor de su vida. Una pareja incongruente: la gerente negra de una tienda de ropa de Marble Arch y el propietario de viviendas en los barrios bajos, el refugiado de Budapest.

Me señaló con un dedo moreno y arrugado, con las plateadas

uñas cuarteadas y un ligero temblor en las puntas de los dedos. Empezó a hablar y, luego, sin ninguna razón, se le llenaron los ojos de lágrimas y rompió a llorar. Nunca la había visto así, ni siquiera en el funeral de mi tío, cuando llevaba la cara oculta por un sombrero con un pequeño velo negro, salpicado de rosas de malla negra. Pero ahora la abrumaba el peso de todo el pasado; el amor que había sentido por él, grabado en piedra, se había vuelto plomo líquido en su pecho.

—No sabes lo que era que un hombre me mirara de la manera que él lo hacía, después... de lo otro —dijo.

—¿Qué otro...? —empecé, pero igual que habían empezado, las lágrimas terminaron. Cubrió sus rasgos con un velo liso y marrón; una vieja tristeza se había grabado en ellos, como manchas que no es posible eliminar.

—Te envolveré bien el vestido —dijo—. Siento haberte hablado con brusquedad, Vivien.

—No tiene importancia. Lo entiendo. —Porque hacía casi treinta años de la muerte de él, y ella seguía sufriendo. ¿Era esto lo que yo podía esperar: treinta años de un terrible pesar?

Vacilante, alargué la mano para tocarle el brazo; sus huesos eran frágiles bajo la chaqueta, y tuve miedo de que se rompiera si la cogía. Nunca nos habíamos tocado antes, aparte del primer apretón de manos en la calle, frente a la casa de mi tío, con su mano enguantada de azul en la mía.

Me permitió que apoyara la mano en su chaqueta. La seda de la manga cedió ligeramente. Levantó la cara hacia la mía, intensa y radiante.

—Siento tantas cosas por aquel hombre; cada día pienso en él. ¿Has visitado alguna vez su tumba? Yo sí. Una vez al año. Llevo piedras para sujetarlo allí abajo, para que no emerja de nuevo y recorra la tierra atormentado. Y en mi piso pongo un jarrón con flores frescas y una tarjeta en la repisa de la chimenea, en su recuerdo. ¿Has visto? Todavía tengo el reloj que me dio, y la cadena de

oro y el corazón con el pequeño diamante. Sólo me lo quito para lavarlo, y el encendedor también lo conservo, aunque ya no fumo. Podría haber conseguido mucho dinero por estas cosas, pero nunca las venderé. Nunca. Son lo único que me queda de él, de aquel hombre maravilloso.

Fui paseando hasta Marylebone High Street, balanceando la bolsa con el vestido, mi vestido de punto de seda de color rojo rubí.

Esta mañana me había visto obligada a tomar una ruta diferente porque había un cordón de la policía, debido a una amenaza terrorista: había un hombre en un balcón, con una toalla enrollada alrededor de la cintura, y los tiradores de la policía lo apuntaban con sus armas. Se suponía que había una fábrica de bombas en el piso, detrás de él. El año pasado hubo explosiones en lo más profundo de los túneles, tal como Claude había pronosticado casi treinta años atrás; el hedor a carne quemada y luego los cuerpos en putrefacción, allá abajo, en la línea de Piccadilly.

Desviada por el terrorismo, que me llevó a Eunice y a este vestido rojo.

Doblé en la conocida esquina. Mi territorio. Crecí aquí, éstas son mis calles. Soy londinense. Acepto esta ciudad con todo su caos incontrolable y sus indecentes deficiencias. Te deja en paz para que hagas lo que quieres; ¿en qué otro lugar puedes decir eso con una convicción tan absoluta?

Esto es Benson Court, donde nací. Los residentes de los pisos, siempre a la greña, nunca se pusieron de acuerdo en un plan de modernización y acondicionamiento. Las mismas lámparas suspendidas del techo y las mismas reproducciones de Canaletto en sus deslustrados marcos dorados colgando de las paredes. La caja del ascensor, con las ruidosas puertas de metal abriéndose y ce-

rrándose, la cabina forrada de madera, con su asiento de cuero abatible; todo seguía igual. Una inquilina murió allí el año pasado. Mi padre apretó el botón para bajar y subió un cadáver, sentado muy erguido, con la compra; la bailarina retirada, muerta con la cabeza ladeada, con un gesto favorecedor. La buena señora siempre sabía adoptar una buena pose.

Abrí la puerta con mi llave. Silencio. Polvo. Recuerdos. Entré en la cocina, que era la peor habitación, para hacerme una taza de té. En el frigorífico había cosas que no deberían estar allí, libros y bolígrafos que mi padre utilizaba para escribir sus estrafalarias cartas a los periódicos, anuncios recortados de revistas desechadas, abandonadas junto a las papeleras..., una mano sin cuerpo exhibiendo un reloj de diamantes.

Me senté a la mesa y me tomé el té. La cocina donde mi madre había calentado incontables latas de sopa seguía allí, como si no supiera que, dentro de pocos días, vendrían unos hombres a llevárselo todo y la romperían para convertirla en chatarra. Nadie quería aquel instrumento requemado y ennegrecido por la grasa, con el gas resollando por las tuberías. Ni siquiera la aceptarían en un museo. En una ocasión, Vic, mi marido, intentó hacer una tortilla. Dijo que algo andaba muy mal en la distribución del calor en los quemadores; oscilaban como velas parpadeantes. Me moriría por una de sus tortillas salpicadas de cebollino o de gruesos dados de jamón rosado. Algún día tomaré una en aquel lugar, en aquel otro lugar.

El viernes todo habrá desaparecido. Cualquier traza de mis padres y de su residencia de casi sesenta años en estas cuatro habitaciones se desvanecerá bajo capas de pintura nueva, arrancarán el viejo linóleo, lo fumigarán todo. El piso estaba encostrado con nuestras vidas. Yo me había ido hacía mucho tiempo; mi madre llevaba muerta dieciséis años; mi padre soltó, resollando, su último aliento en su sillón delante de la tele, con un ejemplar de *Radio Times* todavía entre los dedos, cuando lo encontré al día siguiente.

Sesenta años de su interminable inquilinato. Qué extraño era que alguien pudiera adquirir una permanencia tan patente que nada, ni una bomba, pudiera moverlo (y habían caído bombas, no en este piso, pero sí cerca, durante los bombardeos alemanes, mis padres bajo tierra en el refugio antiaéreo y de nuevo hacia arriba, en el ascensor, a la mañana siguiente hasta la cocina, a tiempo para desayunar). Al final de la semana no quedaría nada. Dentro de un mes, extraños. Y durante el resto de mi vida pasaría junto a Benson Court sin la llave para abrir la puerta de la calle, sin autorización para subir en el ascensor. Sin duda, tirarían el viejo felpudo de arpillera. Una nuevo mensaje de bienvenida ocuparía su lugar.

Una ráfaga de viento contra la ventana. Enfrente, una persiana cerrada. El ascensor estaba en silencio; no se había movido de la misma planta. Toda el bloque de pisos estaba en calma, y yo estaba allí sola, sin nada más que un vestido nuevo por compañía. *Vísteme —pensé—, tengo frío.*

Sonó el timbre en el recibidor. La voz de mi tío resonó por todo el piso. Lo oí de repente, como una alucinación.

Mi tío, el que fue el amor de la vida de Eunice, la encargada de la tienda de ropa de Marble Arch, el tío al que era posible matar de muchas maneras, muerto pero reacio a seguir yaciendo, estaba hablando, gritando.

No he olvidado nuestro verano juntos, cuando averigüé la única verdad que importa: que el sufrimiento no ennoblece y que los supervivientes sobreviven debido a su fuerza o astucia o suerte, pero no a su bondad y, ciertamente, no a su inocencia.

Y entonces me eché a reír, porque sí que él estaba allí. Durante casi treinta años, mi tío había estado escondido en una caja de cartón. Yo misma lo había traído de vuelta al piso, unos meses después de su muerte, y lo había guardado en el armario de mi madre, al fondo.

Entré en el dormitorio y separé la ropa de mi madre para llegar a la caja, más allá de sus chalecos, de su bastón de madera que mi padre se negó a tirar. No había visto aquel bastón desde que ella murió, y alargué la mano para tocarlo, al principio con cautela, luego con ternura, pasando los dedos a contra veta. Noté el desgaste de la madera que sus manos habían agarrado tanto tiempo, la satisfactoria curva de la empuñadura...; las células de su cuerpo estaban por todas partes.

Aquí estaba: mi tío había acabado reposando en el armario de su cuñada, junto al bastón, que era el objeto que primero hizo que se fijara en ella y, como resultado, que ella se casara con mi padre, dejaran Budapest y vinieran a Londres, y que yo naciera, y luego mis hijas, y que todo siga.

No literalmente en el armario. Él seguía bajo su lápida de mármol en el cementerio, pero su voz estaba viva en la serie de grabaciones en cinta y en las hojas de papel en las que yo mecanografié, minuciosamente, las transcripciones y, por supuesto, su propio relato, que intentó escribir él mismo.

Cintas, bastón. Estos objetos, estos desechos corrientes que pertenecían a personas muertas, las habían sobrevivido. Y la chica a la que yo había dejado atrás también estaba allí, en algún sitio, esperando a que me pusiera un vestido rojo, de punto de seda, para hacer sentir su presencia. Yo la estaba buscando. La chica estaba en alguna parte de este piso...; no era un fantasma, porque yo todavía estoy viva, sigo muy en el mundo; mi paso no es ni leve ni silencioso. Después de todo, soy de la misma sangre que mi tío, y él nunca hizo nada que no dejara huella.